

La espada del demonio

Richard A. Lupoff

Traducción:
María Sánchez Salvador



Título original: *Sword of the Demon*
Primera edición

© Richard A. Lupoff, 1978, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Christopher Gibbs via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-658-2 Depósito legal: B-13-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

La figura de amarillo.

Bajo esos pies: negrura.

En todas direcciones: un lóbrego vacío impregnado de materia original, átomos nacientes que giran, partículas libres, proto-polvo preparado para fusionarse mediante la acción de la gravitación incipiente, listo para una fricción que genere radiación, al borde del calor, al filo de la noche.

La figura de amarillo: congelada en un instante eterno.

No hay ni movimiento ni energía, sensación ni pensamiento. La figura de amarillo, hominoide, monótona; su rostro y su cuerpo, una satinada superficie continua. Su forma, andrógina: pechos pequeños, pezones erectos, pene y escroto visibles tras una fina membrana.

Un electrón libre es atraído por la descomunal gravedad de un simple protón. Se aproximan. Un flujo de energía estalla a una breve existencia.

La figura de amarillo se vuelve ligeramente en dirección al flujo de energía. Su postura no se altera; no hay evidencias de volición: un tropismo.

El electrón libre y el protón colisionan. Se produce una transmisión momentánea de energía al apagarse las cargas

eléctricas de las partículas. Un neutrón sobrevive al suceso. La figura de amarillo tiembla imperceptiblemente.

La figura de negro.

El rostro de la figura de amarillo se vuelve. Esto es un cambio en la postura del ser. Dirige lo que podría ser una mirada a la figura de negro. Este ser es totalmente asexual, su pecho plano carece de tetillas, su entrepierna es una simple curva, una sencilla concavidad que brilla como el satén.

La figura de negro alza un brazo, señala con el dedo a la figura de amarillo.

La figura de amarillo vuelve la mirada hacia su propia mano. Es informe, con aspecto de espátula, ovoide. La figura la mira fijamente. El protoplasma no diferenciado se forma, se articula en dedos. Aprieta un puño, lo abre, extiende los dedos, vuelve a mirar a la figura de negro. Repite el gesto de la figura de negro, señalando gratuitamente con un nuevo dedo índice.

La figura de negro la fulmina con la mirada. Una boca se abre en su satinado rostro de ébano. Un coágulo de truenos rojos y negros emerge de sus labios como carbón, rueda lentamente hacia delante, pasa junto al dedo que apunta. De la punta de ese dedo sale una garra cruelmente ganchuda.

La bola de truenos recorre la distancia que separa a la figura de negro de la de amarillo. El trueno rojo y negro, agitándose y perforado por descargas eléctricas, colisiona junto a la cabeza de la figura de amarillo. Por un momento la nube crece hasta envolverle la cabeza, y entonces penetra su exterior amarillo.

Es el primer sonido que se oye.

La figura de amarillo trata de agarrarse la cabeza con angustia. Su segunda mano, como un mitón, se convierte en dedos, huesos y uñas. Sujeta su cabeza. Se le abre la boca.

Lo primero que articula es un grito de dolor.

Se vuelve para huir. Los huesos y músculos de sus piernas funcionan. Escapa.

Ha empezado el espectáculo.

Bajo sus pies, partículas espaciadas se distribuyen a través de la negrura. Al principio corre de forma torpe, irregular. Sus brazos se agitan, desequilibrados. Le duele el pecho, le estalla la cabeza, le zumban los oídos.

Siente una terrible presión dentro del pecho. Bajo la satinada piel amarilla, el protoplasma no diferenciado empieza a estructurarse.

Abre la boca, da boqueadas para llenar sus pulmones nuevos, vacíos, empapados de dolor. Coge aire.

Tropieza y cae en medio de la nada, dando vueltas y patinando. La negrura vacía no ofrece demasiadas oportunidades de agarrarse a los pies que se extienden, a los dedos que se encogen.

Va a parar contra un terrón de materia recién condensada. Más sólida que el acróbata, sin embargo, el pedazo de materia se aleja resbalando y adquiriendo partículas adicionales mientras se desliza a través del vacío. La figura de amarillo rebota, se desploma, se detiene, momentáneamente aturdida.

Se sienta, sacude la cabeza, parpadea, insiste en mirar en la dirección en la que ha huido. Todo es negrura, negrura salpicada de motas de un color indeterminado. Un punto brilla tenuemente y se mueve, en relación al resto, a una velocidad apenas perceptible.

La figura de amarillo se vira. Ahora hay un reluciente resplandor lejos, en la dirección de su reciente patinazo. La materia se está acumulando, el terrón que detuvo el movimiento del ser está volando, reuniendo partículas adicionales, colisionando con fragmentos perdidos de sustancia, creciendo en dimensiones y energía adquiridas, comenzando a brillar con un movimiento visible como el giro y el eco de rastros espirales de polvo y gas.

Detrás del acróbata surge un rugido. La figura de amarillo se gira para encararse una vez más con el lugar de su primera

aparición. Una mota de resplandor de ébano se mueve hacia ella contra el fondo oscuro.

La figura de negro.

La figura de negro se queda quieta, iluminada desde fuera y desde dentro: el hermafroditismo viviente. Sus pechos se agitan con cada esforzada respiración. Sus genitales duelen por el vigor del vuelo.

La figura de negro se aproxima, refulgiendo oscuramente contra la oscuridad, sus ojos brillando como ascuas, su aliento resplandeciendo como gas incandescente, su entrepierna una leve concavidad.

Extiende sus dos brazos hacia la andrógina. Camina resuelto hacia ella. Asiente. Casi sonríe.

La figura de amarillo observa su acercamiento con sus ojos titilantes de un amarillo gatuno y las manos colocadas a ambos flancos. Su cintura es grácil, fina, sus caderas describen una delicada curva, su pelvis sostiene con ligereza su pequeño falo.

La figura de negro avanza. Ahora está cerca.

Sonríe.

El interior de su boca brilla como lo hacen los rescoldos, gira su lengua una vez, roja, reluciente, bifurcada. Echa su sibilante aliento a la otra. Su aliento es carmesí, refulgente de calor.

La figura de amarillo tiembla. Da un paso hacia delante, hacia la otra, pero entonces se detiene. Siguen a cierta distancia.

La figura de negro inclina la cabeza en un gesto de sugerencia, de invitación.

La figura de amarillo avanza otro medio paso. La figura de negro lanza otra bocanada hacia la andrógina. Su aliento hierve con chispas rojo-anaranjadas.

La mano de la figura de amarillo se extiende. Están tan cerca que la mano siente el aliento rojo. La figura de amarillo retira la mano y la presiona, dolorida, contra una mejilla satinada. Las lágrimas asoman en los ojos de la acróbata.

La acróbata se vuelve, se aleja una vez más. La figura echa a correr, con más seguridad en este intento, con un gran salto.

Detrás de ella, una satinada garra negra se extiende hacia abajo. Atrapa a la figura de amarillo, atrapa la carne de su espalda. Las garras penetran en su piel, aunque no con profundidad. La figura de amarillo se zafa. Las garras rasgan hacia abajo dejando feas cicatrices paralelas.

Suenan dos gritos: el de la figura de amarillo, de miedo y dolor; el de la de negro, de rabia frustrada.

La figura de amarillo corre con gracia esta vez, con piernas firmes mejor desarrolladas y una técnica mejorada por la práctica. Sus grandes zancadas recorren largas distancias rápidamente. No mira atrás.

La figura de negro la persigue. Carece de la gracia que ha desarrollado su presa: en sus movimientos no hay belleza, salvo la de la entrega. Sus piernas se mueven con la regularidad de una máquina. Sus exhalaciones son exaltadas. Su piel presenta un lustroso brillo negro azulado.

Bajo los pies de ambas, vuelve a retumbar la negrura, sobresaltando a los dos corredores a cada zancada. Desde lejos son dos motas: una, amarillo crema; otra, de un bruñido negro azulado. Sus ojos brillan: amarillo gatuno, rojo ascua. Una figura se mueve con gracia sensual, otra con precisión mecánica. Su paso es idéntico.

En el gélido vacío sus alientos persisten en el aire tras de sí a medida que cada zancada deja atrás el rastro más reciente de cada corredor: nubes amarillas, nubes rojas.

Al corredor amarillo le duele la espalda. Son las heridas de garras del ataque negro las que causan el dolor. El tormento comienza a desprenderse de los arañosos como si una toxina cubriese las brillantes garras que causaron los surcos.

Al corredor amarillo le duelen el hombro y el brazo. Le duele el cuello. Las piernas siguen intactas, aunque empieza a fati-

garse. La figura mira por encima de su hombro y ve que su resplandeciente perseguidora negra mantiene el ritmo. El precio por obtener esa información es la pérdida de una pequeña distancia, tal vez medio paso, en el espacio que las separa.

La figura de amarillo comienza a buscar un lugar donde refugiarse, una vía de escape del negro perseguidor.

El perseguidor avanza implacable. Mientras su presa se vuelve y busca cobijo, el perseguidor continúa su marcha, con una cadencia irregular en su respiración como único signo de fatiga. Es una explosión de rescoldos ardientes. Su boca negra se abre en un rojo ascua. Sus ojos negros tienen un resplandor carmesí.

Ante la amarilla, un interminable panorama de oscuridad. Las partículas primitivas se han aliado ahora en concentraciones: motas, terrones, pedazos, gotas de materia. En lo alto, la figura ve una rueda gigante de fuego. Apurando el paso, el corredor comienza a elevarse hacia la concentración de sustancia giratoria.

La figura corre cuesta arriba, mirando hacia abajo y hacia atrás, a su perseguidor de negro. Avanza a ritmo constante con su aliento estallando en ráfagas rojas, su piel brillando de un negro azulado, su pecho desnudo reluciendo con suavidad, su cintura y sus caderas rectas, y su entrepierna asexual.

Delante de ella, el corredor amarillo hace girar el abrasador disco. Detrás, pasos del perseguidor de negro.

La figura andrógina atraviesa de un salto la oscuridad, con los brazos extendidos como delicadas alas membranosas. Es propulsada hacia arriba por la fuerza de sus musculosas piernas; le duele su espalda arqueada.

El corredor alcanza el brillante disco giratorio y se detiene. La andrógina lo agarra por los bordes y, sosteniéndolo ante sí a modo de escudo, se vuelve para enfrentarse a su perseguidor.

El disco brillante protege los pechos de la andrógina y sus genitales cubiertos por una membrana.

El perseguidor de negro ha recorrido la estela de la andrógina devorando la distancia con su paso veloz, igualando una a una las zancadas de su presa, ganando una fracción por cada desviación en la huida de la figura amarilla.

La negra se detiene. Está directamente bajo su presa. Alarga una garra hacia arriba, pero no alcanza los pies de la criatura amarilla. Se pone de puntillas y balancea los brazos, pero no es capaz de llegar a la altura de la amarilla.

Echa la cabeza hacia atrás y ruge. Monstruosos bramidos emergen visiblemente de su boca y se precipitan hacia lo alto y pasan junto a la figura de amarillo, alcanzando la invisibilidad en la distancia del vacío y resonando débilmente hasta que están tan lejos que ya no se pueden oír ni ver.

La figura de amarillo mira detenidamente hacia abajo.

La de negro se agazapa para reunir toda la fuerza de su terso cuerpo y sus poderosas piernas que funcionan como máquinas. Salta con todas sus fuerzas, su cuerpo se estira al hacerlo, sus brazos se extienden por encima de su cabeza y sus piernas le siguen; dedos de los pies estirados, garras por delante y miembros inferiores siniestramente curvados en busca de un punto al que aferrarse.

La figura de amarillo retrocede.

La figura de negro alcanza el nivel de la otra, se aferra con sus garras delanteras, araña, escarba y se arrastra hasta situarse delante de la de amarillo.

La de negro escudriña el rostro de su oponente, sus brillantes ojos rojos se encuentran con los amarillo gatuno.

Lentamente se pone a cuatro patas, moviendo una larga y gruesa cola que desaparece tras un sencillo golpe sinuoso. Avanza un paso corto a cuatro patas, mirando hacia arriba, directamente al rostro de la otra. Emite un sonido que oscila

entre gruñido y ronroneo. Las vibraciones se elevan y alcanzan los oídos de la amarilla, que reacciona con un movimiento facial. El sonido se dispersa más allá de su cabeza, cae perezosamente por un cauce que lo conduce con lentitud hacia abajo y desaparece.

La figura negra se alza sobre sus extremidades traseras, sus zarpas delanteras se alargan hasta convertirse en manos, sus garras ganchudas se acortan hasta transformarse en brillantes uñas metálicas. Su rostro es de un bruñido negro azulado, sus ojos resplandecen en un fulgurante rojo. Abre la boca y en el interior reluce un ardiente carmesí.

La negra pone un pie delante en dirección a la amarilla. La amarilla retrocede.

La negra avanza otro paso. La amarilla alza levemente el disco giratorio, como si de un escudo se tratase.

La negra inclina la cabeza ligeramente, como llamándola. Extiende las dos manos hacia delante, con las satinadas palmas negro azulado hacia arriba y las uñas curvadas en las puntas de los dedos. Emite un débil sonido.

La amarilla vuelve a retroceder, pero una distancia mínima. Sus ojos de gato recorren el rostro de la figura negra, su pecho plano, su torso liso, sus suplicantes manos.

La amarilla baja el escudo lentamente. Un dolor punzante y embotado le lastima la espalda. Escudriña atentamente el rostro de la negra.

Esta avanza un paso. No se halla exactamente a la misma altura que la negra, y según el momento parece mínimamente más baja o alta que su contraria. Los ojos amarillos caen hasta los pies de la negra. Los pies tienen dedos largos en forma de garra. Los ojos amarillo gatuno recorren despacio las poderosas piernas, se detienen un instante en su asexuado punto de unión y continúan hacia arriba hasta encontrarse con los encarnados ojos de la otra.

La figura negra abre los brazos, las extremidades superiores rematadas en manos perfectas con uñas curvadas y afiladas. Avanza con lentitud. La amarilla se queda inmóvil, con las manos a ambos lados del cuerpo.

La negra se inclina hacia delante. Coloca una mano sobre el pecho de la amarilla presionando la carne blanda con las puntas de los dedos y tocando con la palma el pequeño y rígido pezón. La otra mano la coloca en la membrana amarilla y traslúcida que cubre los genitales masculinos de la andrógina.

Como cargada con una furiosa energía que sobrepasa el poder de su resistencia, la andrógina retrocede ante el tacto de la figura de negro, pero ese ser asexuado da otro paso y mantiene el contacto. La mano izquierda del ente negro, que agarra el pequeño pecho de la andrógina, está tan fría como el vacío más negro y distante. La mano derecha, que agarra los genitales de la andrógina, desprende un calor abrasador.

La amarilla se estremece y su pezón envía una poderosa descarga a través de su pecho. Su ardiente falo reacciona al caluroso tacto de la figura de negro, hinchándose a pesar de la agonía del agarre.

La boca amarilla se abre, emergen gritos amarillos y caen con pesadez, rebotando y rodando por el plano del que han surgido las dos figuras. La andrógina amarilla se retuerce y se aleja de la neutra negra. Las garras de la neutra perforan la membrana que contiene los genitales de la andrógina. El pulgar y la uña del dedo corazón avanzan el uno hacia el otro. La membrana se rasga. Los órganos de la andrógina quedan expuestos; las zarpas de la neutra ya solo sostienen empapados fragmentos de membrana rota.

La amarilla se estremece una vez más. Su pecho se aparta de la frígida mano de la neutra. Se gira y corre una corta distancia, se arroja al espacio, se deja caer con suavidad.

Mientras cae se sujeta sus genitales heridos. Le duele la carne abierta de la espalda y del hombro. De la membrana rasgada de su entrepierna emerge una pequeña gota de mucosa de color amarillo huevo que resbala por uno de sus muslos. Flota lentamente, como manteniendo el equilibrio. Se balancea despacio, inclinándose hacia delante con los ojos vueltos hacia la altura desde la que ha saltado.

Arriba, como en un promontorio, permanece la figura negra, con su refulgente piel azulada, los ojos y la boca abiertos, una tríada rojiza de oscura luz. La amarilla ve el disco giratorio junto a ella. La negra se agacha y levanta pesadamente la espiral con las dos manos.

Con los miembros rígidos por el esfuerzo, la neutra alza el disco sobre sí misma. Gira el disco cada vez más rápido sobre su cabeza. Motas brillantes salen volando de los bordes del disco, los brazos alargados se extienden aún más. La negra se pone en cuclillas, se levanta, gira, lanza el disco hacia la amarilla.

La amarilla trata de huir, se aleja de la altura, baja los pies al nivel del suelo. El disco giratorio se aproxima cada vez más, emitiendo un chillido desgarrador mientras atraviesa el espacio en dirección a la andrógina amarilla. Mientras corre, se da cuenta de que no puede alejarse del disco giratorio, así que se hace bruscamente a un lado.

Oye el zumbido del disco al esquivarlo.

Se detiene y se vuelve a mirar el disco. Vuela con rapidez, con el eje paralelo al plano de la huida de la andrógina. Se para y toma aliento.

En el promontorio, la negra neutra la observa con enfado. Desciende con lentitud, sujetándose dolorosamente con las garras hasta encontrarse a una corta distancia del plano más bajo, y entonces se pone con cuidado a cuatro patas. Permanece sobre sus zarpas acolchadas, con el cuello arqueado hacia abajo

y rastreando con su agudo olfato la pista de la andrógina. Su cola negra se agita con furia.

Levantando la cabeza de nuevo, con los orificios nasales dilatándose, los ojos rojos ardiendo en medio de la negrura que la separa de la amarilla; el ente negro comienza a avanzar y pronto entabla un rápido trote. De vez en cuando alza la cabeza en busca de carmesí en la oscuridad que tiene ante ella.

Tiene la cola larga, pesada, inquieta. No posee genitales.

La andrógina, escudriñando la oscuridad, atisba el furioso brillo rojo de los ojos de la bestia. Cuando la bestia deja caer la cabeza, el brillo desaparece. Cuando levanta la cabeza, el resplandor se renueva de un modo terrible.

La figura de amarillo se prepara para reanudar el vuelo. Por un momento se agacha, con los codos sobre las rodillas, la frente apoyada sobre los antebrazos cruzados y respirando con agitación. Un espasmo atenaza sus intestinos y, de repente, su rastro aumenta de forma involuntaria.

Se levanta, avanza unos pasos, vacilante, tropieza, se endereza e intenta trotar. Se tambalea con dificultad, se detiene, reúne sus malogradas fuerzas. Atisba tras de sí en la oscuridad. Dos puntos de ardiente color la escudriñan a ella. Un tercer brillo mayor aparece debajo de estas. Una arremolinada nube de chispas candentes emerge.

La nube avanza rugiendo y creciendo. Para cuando alcanza a la figura de amarillo, es más grande que ella. Le pasa por encima y la rodea como un líquido fluyendo sobre una roca afilada. Cuando alcanza sus orejas, oye un bramido de odio y triunfo inminente que procede de la bestia que la persigue.

Renqueando, la andrógina se aparta de su perseguidor. Tropieza con un terrón de materia, lo agarra entre sus brazos, es pesado, denso, sólido; recoge puñados de materia no diferenciada de su alrededor y comienza a golpearlos contra el terrón.

No permite que se haga mayor, pero lo compacta y lo hace más denso, convirtiéndolo en más pequeño a pesar de que crece en masa.

Su sustancia crece tanto que es cada vez mayor la cantidad de materia que se ve atraída hasta él. La misma andrógina lucha para no ser absorbida por su propia creación. Recoge enormes brazados de materia fluida, y la empuja con todas sus fuerzas contra los lados del enorme terrón.

Ahora ráfagas de materia se abalanzan sobre ella desde todas direcciones. La andrógina ya no puede soportar la inmensa fuerza. Mira a su alrededor una vez más y ve a la figura de negro, erguida, hominoide, asexual, precipitándose también atraída hacia la gigantesca masa.

La andrógina se relaja cuando se cuela en las profundidades de la masa. Siente velocidad, latidos, estallidos, transfiguración; experimenta una falta total de estimulación sensorial.

Los ojos amarillo gatuno parpadean.

Está de pie, entera, sobre un suelo de cemento húmedo y frío. Tras ella, una enorme puerta metálica, entreabierta. Ante ella, una visión que hace parpadear sus ojos amarillo gatuno.

El frío bajo sus pies es diferente al de la superficie que ha atravesado corriendo. Un frío sólido, con textura, con superficie, húmedo; gris moteado de oscuras manchas de humedad: es común. Descalza, avanza dando zancadas. El suelo húmedo solo ocupa una pequeña distancia, luego pisa una superficie diferente.

Una atmósfera acuosa presiona con vehemencia su piel. Se encuentra en medio de una vegetación en movimiento. Ahora es totalmente femenina: su cabello cae sobre sus hombros, sus pechos ceden suavemente a la caricia de una brisa cálida; su cintura es estrecha, sus caderas anchas, un femenino triángulo rizado señala desde su blando vientre hacia su tierno pubis.

Girando la cabeza a un lado y a otro, avanza despacio mientras las hojas de los matorrales masajean sus empeines a cada paso.

La brisa que acaricia su cabello transporta sonidos según el momento: el zumbido de distintos insectos, el rumor de las pesadas hojas, el fluir distante del agua que corre.

Mira hacia arriba. El cielo es como un cristal azul. El sol es enorme y de un blanco amarillento. Las hendiduras de sus iris amarillos se estrechan para protegerse del resplandor. Los rayos del sol son una presencia tangible sobre su piel, agradable y bien recibida.

Otros sonidos la abordan. Son profundos, vagos, como choques monstruosos y retumbantes que proceden de muy lejos. No se divisa nada en ninguna dirección. Se vuelve para escudriñar hacia la entrada y el suelo desnudo. No es capaz de encontrarlos.

Tras ella, una superficie verde se extiende hacia la lejanía: brumosas colinas se elevan para encontrarse con el horizonte. Delante y a un lado, más colinas recortadas trepan por el nítido azul, dejando paso a altos grupos de vegetación y al brillo de la susurrante agua.

Prueba el aire, y su sabor le presiona la lengua: calidez parda, humedad verde, viva. Traga. Su saliva lleva los sabores del aire.

Néctar.

Sus exhalaciones, al principio, son planas.

Se dirige hacia el verde bosque. Enseguida sus pies se fortalecen. Las callosidades salen ilesas de los filos cortantes de las correosas hierbas. Tiene las manos vacías. Su cabello flota tras ella. El sol bate en sus hombros. Su espalda es suave y pronto empieza a broncearse con un moreno uniforme.

Tan solo se adivinan unas líneas paralelas que corren desde el hombro a la cintura, una rojez que rápidamente desaparecerá bajo el moreno de sus brazos, que se mece con cada balanceo de estos, con cada zancada de sus piernas.

Apresura el paso hasta alcanzar un ligero trote.

Respira con facilidad, profundamente, con la boca abierta para saborear el opulento aire, mientras un cántico indefinido surge de su pecho. Un ligero sudor aflora en su rostro, el pecho y la espalda. Pequeñas gotas corren por sus piernas, agitadas, y caen sobre las verdes plantas con cada zancada de sus pies sobre la tierra.

Siente a cada paso una ligera sacudida que va desde el pie hasta la cadera, el juego de los músculos de sus piernas cuando cada una de ellas se alza, se mueve hacia delante y se deja caer

de nuevo sobre la tierra. Su peso se deja llevar hacia delante mediante largas y ligeras zancadas, descansando por un instante sobre un pie, luego sobre otro. Sus brazos se balancean con soltura mientras corre. Su respiración es fuerte.

Pequeñas matas comienzan a salpicar la superficie cubierta de hierba. Bajas, de tronco grueso, robustas. Mientras estén diseminadas, ella dirige sus pasos entre estas con facilidad. El sol se ha deslizado de su cénit: cae la tarde. La calidez del día ha aumentado, su transpiración es más pesada, el aire de sus pulmones también es más pesado, húmedo, teñido de indicios de vida.

Un punto emite un oscuro brillo cerca de la tierra, reluce con monotonía. Se mantiene por un instante y luego atraviesa el aire como una flecha, y parece ocultarse entre las hojas verde oscuro de una planta espesa y baja.

Ella se detiene, petrificada.

Entre dos primitivos y achaparrados árboles, una red reluce y se agita con la brisa húmeda. Sus hebras son gruesas, pesadas, se ciernen sobre el suelo por su propio peso. Su diseño es simple, hebras radiales entrelazadas con poliedros concéntricos.

En el centro se agazapa una araña gorda, negra y mate cubierta de pelo áspero. Su cuerpo es tan grande como lo sería una pierna de la mujer cortada transversalmente entre la rodilla y el muslo.

La mujer ve ahora que el destello era el de un gran insecto volador de alas membranosas que ahora está atrapado en la telaraña. Otros insectos revolotean por el aire plumoso. Algunos rondan en torno a la araña. La araña no se mueve. El único movimiento que hay en la red es el de ese nuevo volador capturado que lucha frenéticamente por liberarse. Sus forcejeos son cada vez más débiles.

La mujer reanuda su movimiento sobre la superficie. También ella se mueve ahora más despacio. No tiene miedo alguno

a caer en una trampa, pero observa con prudencia los espacios que separan los gruesos y bajos árboles antes de pasar entre dos de ellos.

Los árboles empiezan a estar menos espaciados y aparecen muchas más variedades. Algunos son tan altos como la mujer, otros lo son más. Ella percibe que se está internando en el bosque hacia el que se dirigía. Cuanto mayores y más numerosos son los árboles que se encuentra, mayor es la extensión que ocupan las zonas sombrías que estos proyectan; y menor es la frecuencia con la que la penumbra se ve interrumpida por parches de luz solar.

La mujer llega a un claro. El suelo sigue siendo cálido, pero menos que el de la planicie. Alza el rostro hacia el cielo, con un brillo en sus entrecerrados ojos amarillo gatuno. Matices de luz verde esmeralda señalan hacia la tierra allí donde la luz del sol queda atrapada accidental y momentáneamente en el centro de las oscuras hojas.

Está cayendo el sol. Ya está bajo en el cielo.

Desde la rama de un árbol, un par de ojos vigilan a la mujer. Ella aparta la mirada del sol, de un blanco amarillento. De momento, una imagen complementaria superpuesta oscurece su visión. A través de este oscuro orbe brillante, percibe dos diminutas motas que la observan. Mientras estudia su visión, el triángulo se completa cuando unas fauces se abren bajo los ojos.

Un sonido emerge de las fauces, un chillido estremecedor. Por un momento los miles de ruidos del bosque, quedos y discretos, se acallan. Una conmocionada quietud invade el claro y resuena entre los árboles que lo rodean.

La mujer reacciona al chillido con una vocalización apenas formada, inarticulada. Enseguida los relucientes ojos se cierran de golpe. Tan solo la boca permanece abierta. Una vez más, una mota se convierte en dos. El zumbido de un insecto surge de entre los árboles. El sonido de la vuelta a la vida.

La mujer se estremece de súbito por la fría sombra. Se frota con sus manos los hombros y los brazos, helados. Toma aire profundamente, siente su menguada calidez y lo exhala de nuevo.

Volviéndose en dirección al agua que había visto antes, se desplaza entre grandes árboles. Cuando sale del claro se oye un suave sonido tras ella, un ¡plaf!, como si alguna criatura de cuerpo mullido cayese cuidadosamente al suelo desde una rama. Mira hacia atrás, pero no ve nada.

Camina bajo los árboles que crujen. Sus curvadas ramas se elevan muy alto y sus hojas bloquean la entrada al bosque de la ya tenue luz del sol. El suelo está cubierto por una capa de vegetación muerta, humedad y escarcha que se le antoja blanda bajo sus pies.

También se oyen débiles sonidos. Correteos en los espacios sombríos que rodean los troncos de los árboles. Ligeros roces y serpenteos entre las ramas. Por todas partes zumbidos y susurros, siempre suaves, siempre quedos, siempre presentes.

El viento debe de seguir en movimiento, pues las ramas se agitan y susurran sobre su cabeza. Al nivel del suelo, todo está en calma.

La mujer se siente hambrienta. Contempla la vida vegetal que la rodea en busca de algo comestible. No encuentra nada prometedor.

Se mueve.

Su cuerpo comienza a enviarle señales de fatiga. Los músculos, relajados por el calor del sol y el ejercicio empiezan lentamente a tensársele y a dolerle con el más mínimo paso que da en la fría sombra.

Cuando se adentra más en el bosque, la mujer oye el borboteo y el chapoteo de agua corriendo. Modifica la dirección de su marcha y se dirige hacia el sonido.

Continúa bajo los altos árboles. Unas cuantas plantas de menor tamaño crecen entre sus troncos. Allá donde una de las

escasas irrupciones en el techo del bosque permite la entrada de la luz solar, crecen hierbas y arbustos. Algunos de los arbustos han dado bayas.

La mujer se detiene ante uno de ellos. Levanta la cabeza hacia el cielo: el sol casi se ha puesto, los colores vespertinos de la bóveda celeste cambian de un nítido azul a un oscuro violeta engalanado con destellos de dorado, naranja y púrpura.

Arranca una sola baya del arbusto. Es del tamaño de la última falange de su dedo meñique. Su superficie es de un color rojo oscuro y está formada por nódulos globulares. Ella la sostiene con cuidado entre el índice y el pulgar, haciéndola rodar y ejerciendo una ligera presión sobre esta. Una gotita de jugo sale disparada del fruto y se extiende por sus dedos.

Contempla el jugo con curiosidad y entonces alza la mano para probarlo. Separa los dientes y su lengua lame de sus dedos el jugo de la baya y deja un fino rastro de saliva sobre la piel de la mano. El jugo de la baya está ácido y caliente. Se mete la baya en la boca y la mastica despacio, la lengua, los dientes, los carrillos, la bóveda de su paladar degustan el jugo y la pulpa. La acidez le provoca una mueca, pero decide que la sensación no es del todo desagradable.

Arranca un gran puñado de bayas del arbusto y las sostiene en ambas manos. Se mete unas cuantas en la boca, las mastica y las traga con placer, come más, se sienta sobre la fría vegetación con las piernas cruzadas, el cabello retirado hacia atrás y come felizmente hasta que todas las bayas se han agotado.

Un jugo encarnado le tiñe la lengua y los labios, se escurre por su barbilla y corre entre sus pechos, acumulándose por un instante en su ombligo para echar a correr de nuevo y desaparecer en el macizo que tiene entre las piernas.

Cuando ha acabado de comer la fruta roja, se lame el jugo de las manos, se las limpia contra el cuerpo, se pone de pie y se encamina de nuevo en dirección al agua.

Entre tanto, una forma oscura se escabulle bajo el arbusto de bayas y desaparece entre dos árboles de tronco grueso.

La mujer siente la heladora brisa vespertina sobre su cuerpo mientras camina sobre vegetación blanda y fría. El sonido del agua está más cerca. Trata de atisbar entre los árboles y la penumbra del anochecer. Sus ojos gatunos se ensanchan en un esfuerzo por ver algo.

Hay una brecha inesperada entre los árboles. Ante la mujer se extiende una pequeña playa; más allá, el agua.

Permanece bajo un árbol alto. Ante sí, la pálida arena brilla suavemente con la última luz del atardecer. Pequeñas ondas rompen contra la orilla y generan espuma que refleja la luz que baña el horizonte. La superficie del agua brilla de un modo irregular debido a las olas y a los pequeños chapoteos de la marea.

Más allá de las olas hay otra pequeña cala y, tras ella, una naturaleza diferente a la del bosque.

La mujer surge de entre los oscuros y acechantes árboles. Se oye un correteo tras ella. Cruza el arenal, sintiendo los resquicios de la calidez del día mientras los gruesos granos se adhieren a sus pies descalzos.

A la orilla del agua se agacha durante un instante, escudriña los árboles que ha dejado atrás por si alguien la persigue, se tira boca abajo y bebe a lengüetazos con la boca teñida de jugo de baya. Está escalofriantemente fría y, aun así, es refrescante y agradable para su rostro y su boca.

Una vez saciada su sed, se pone en pie. En las partes del cuerpo por las que se le ha escurrido el jugo rojo se le ha adherido una gruesa capa de arena. Se la sacude, para y avanza hacia el agua.

Arácnidos marinos y escarabajos acuáticos corretean sobre la superficie para evitar a la mujer, no así un artrópodo de cuerpo grueso, negro y con ojos rojos y brillantes. Se agacha

peligrosamente con su peso distribuido en un patrón octogonal sobre la superficie del líquido.

Observa a la mujer sin avanzar ni retroceder ante su presencia. La mujer clava su mirada amarilla en la criatura, cuya boca se abre y se cierra. La mujer pasa junto a ella mientras profundiza en el agua. Se vuelve y se mueve en la dirección en que fluye el agua.

Para cuando está fuera de la vista del grueso arácnido, el agua le llega por los muslos. Aguanta la respiración: una repentina y profunda inhalación; y se tira al agua. Esta envuelve su carne con el frío. Ella gira atrapada en su abrazo, sale a la superficie con el rostro hacia el cielo y el cabello flotando en el agua que la rodea. Se limpia la arena y el jugo rojo de la piel. El jugo se lo lleva la corriente helada, la arena flota despacio en grandes granos hasta posarse sobre el lecho del río.

Se sumerge bajo la superficie del agua, examina las claras profundidades y el suelo rocoso con los ojos y las manos y emerge al exterior. Siente un repentino ardor en la base del cuello, se deja caer de nuevo bajo la frontera del aire, chapotea asustada y resurge a la superficie. Tras ella ve un gran bulto negro que lucha frenéticamente apoyado sobre su espalda y con las patas sacudiéndose en el aire. Dos o tres puntos rojos brillan entre la negrura mientras la criatura forcejea.

La mujer siente el lecho del río bajo sus pies. Se tambalea en las bajas profundidades, emerge de la corriente a la orilla cubierta de hierba.

Se arrastra a cuatro patas para inspeccionar el agua con los ojos. Uno o más puntos rojos brillantes, un número indeterminado, parecen desaparecer bajo la superficie del agua.

La mujer se aparta gateando del agua, encuentra un arbusto cubierto de hojas con forma extraña y de un color que parece casi negro en medio de la creciente penumbra vespertina. Arranca un puñado de hojas con unos dedos cada vez más

agarrotados y entumecidos. Aprieta las hojas contra su dolorida nuca.

Se estira por completo sobre la hierba y yace con el rostro hacia el cielo claro. Observa, en su negrura, incontables estrellas que adornan con su perfección el incorrupto vacío.

Una luna surge tras las copas de los árboles. Es enorme, pálida.

La mujer duerme.

Cuando se despierta, lo hace con el contacto de una mano sobre su piel y la visión de un rostro sobre el suyo. El desconocido es más alto que ella, o lo sería, concluye ella, si estuvieran de pie uno junto al otro. Ella no se mueve, pero sus ojos gatunos observan.

El desconocido tiene el cabello moreno y las manos fuertes. La mujer no alcanza a ver demasiado de su rostro, pero sí que es suave e imberbe y que se inclina para atenderla.

Él coloca una mano bajo el hombro de ella, otra en su costado y la gira de modo que yazca boca abajo sobre la hierba. Con cuidado le retira las hojas de la herida de la nuca, se levanta y se marcha. Cuando regresa, la mujer observa que, a diferencia de ella, él no está desnudo.

Una vestimenta negra cubre su cuerpo; sus partes pudendas están envueltas en una especie de pantalones de lino oscuros, un *dhoti*; el chal que le cubre los hombros forma pliegues que caen con gracia, negros con ribetes blancos y salpicados de escarlata. Una bolsa escarlata cuelga de su hombro. Él se la quita, la deja en el suelo junto a la mujer y se arrodilla. Abre la bolsa y saca algo de su interior que presiona contra la herida de su cuello.

Mientras lo hace, habla, pero la mujer está más pendiente de la sensación que le causa la herida. Por un instante su dolor punzante se intensifica hasta volverse abrasador, y entonces una calidez balsámica reemplaza al ardor. El dolor y la rigidez

casi paralítica que ha sentido dan paso a un cosquilleo y una sensación de relax. Se vuelve sobre la hierba y se incorpora hasta sentarse.

El desconocido también se ha incorporado. Se halla de pie, con el rostro hacia el cielo. Por primera vez desde que se ha despertado, la mujer es consciente de lo que la rodea. Puede oír el discurrir del agua. Puede alcanzar a ver su superficie gracias a las danzantes luces que se reflejan desde el cielo.

El cielo en sí mismo sigue estando oscuro y salpicado de estrellas. La luna se ha puesto, los árboles de los que ella ha surgido están quietos. El aire apenas se mueve.

A lo lejos de la orilla sobre la que reposa, la tierra va creciendo en altura y sus facciones se pierden en la penumbra. El agua fluye inexorable y emite suaves sonidos con su movimiento. Ella otea su superficie en busca de algún punto rojo y brillante, pero no ve ninguno.

El desconocido sigue de pie con el rostro alzado.

La mujer se yergue y camina hasta ponerse a su lado. Su cuerpo se le antoja ligero, confortable. Su cabeza sigue ligeramente aturdida. Se detiene junto al desconocido y pone la mano sobre el brazo de él. Su brazo es escuálido, sus huesos sorprendentemente palpables y desagradables al tacto.

Ella retira la mano.

El desconocido se vuelve hacia ella. Su frente es asombrosamente amplia para un rostro por lo demás tan enjuto; sus mejillas, esqueléticas de un modo casi doloroso; su largo cabello resalta la verticalidad de sus rasgos. Ella estudia la profundidad de sus oscuros ojos y en ellos atisba indicios de un brillo de algún otro color.

El hombre agarra las muñecas de la mujer con sus duras y huesudas manos y tira de ella para colocarla ante sí en lugar de a su lado. La sostiene así, incómoda, frente a él.

Él le habla.

Ella examina su rostro y se encoge de hombros.

Él repite sus palabras.

Ella expresa de nuevo su incompreensión.

Él emplea otras palabras, palabras que suenan distintas, una compleja jerga de vocales y pausas que sustituyen a los guturales gruñidos de su primer discurso.

Ella sigue sin comprender. Se encoge de hombros con impotencia. Un súbito frío recorre su cuerpo y la hace estremecer.

El hombre se quita la brillante prenda negra que cubre sus esqueléticos hombros y se la tiende. Ella envuelve sus propios hombros, más blandos, y se siente débil y ligeramente mareada. Intenta decirle algo al hombre, está a punto de caer, pero siente que las huesudas manos de él la sujetan.

Nota que él carga con ella y la arrastra a lo largo de la orilla.

A medida que el hombre y la mujer avanzan junto al agua, ella siente la textura de sus ropajes contra la piel. Su acabado es áspero, su fricción contra su cuerpo devuelve la circulación a sus brazos, a sus hombros, a sus pechos entumecidos por el frío.

Tropezando, medio dormida, nota que se detienen. Mira a su alrededor. El cielo ilumina el horizonte, serpentinan amarillas y naranjas lo perforan. La cúpula negra de la noche se difumina en una sombra azul grisácea que precede al amanecer.

El hombre sigue sujetándola. De nuevo, él le habla y de nuevo ella es incapaz de comprender su discurso.

Él señala hacia delante.

Ella sigue la dirección de su movimiento y contempla a un enorme animal que pasta a la orilla del río.

Sus ojos gatunos se abren con irisado asombro. El tamaño de la criatura es mayor de lo que ella alcanza a comprender. Su forma es pasmosa; su color, increíble.

El hombre se aparta de su lado; ella se siente capaz de permanecer de pie sin ayuda. El hombre camina hacia la bestia.

Acaricia su hocico, pues el animal ha levantado la cabeza cuando se han aproximado a él.

Ahora la bestia contempla a la mujer. El hombre habla con la bestia. La mujer no alcanza a oír las palabras del hombre.

La bestia se arrodilla.

El hombre regresa junto a la mujer. Sigue vistiendo el *dhoti* negro ribeteado en blanco y salpicado de escarlata. Con la creciente luz, la mujer ve que su torso desnudo es penosamente delgado y su piel extremadamente pálida; por un instante, sufre una cruda alucinación en la que divisa sus huesos, todos sus órganos funcionando bajo aquella carne fina y traslúcida.

Él se dirige con gestos imperiosos a la mujer y luego al animal. Ella se sitúa junto a la criatura. El hombre toma sus manos y las coloca a sendos lados de la gigantesca cabeza.

Le habla a la bestia. Esta presiona su rostro contra el cuerpo de la mujer. Ella percibe la impresión de inmenso poder.

El hombre la guía hasta el otro lado del animal y la ayuda a montarlo.

El hombre trepa por la criatura y monta delante de la mujer.

El animal los lleva a cuestras. Con los primeros pasos se oye un chapoteo. La mujer mira hacia abajo y descubre un coágulo negro aplastado en la tierra.

Rápidamente la criatura se alza del suelo.